

EDITORIAL

Un anhelo de cambio, de renovación y de redefinición constituyen actualmente las características del momento en que vivimos. Viejos moldes y conceptos reemplazan sus cimientos anticuados por otros, cuyas materias primas eran antes inimaginables. Ideas consideradas inamovibles durante siglos, se derrumban ante evidencias tan lógicas como simples. Se redefine lo religioso, lo político y lo social. El hombre, en suma, se renueva y cumple así, al hacerlo, uno de sus deberes ineludibles e inaplazables. "Cada generación debe reescribir la historia de acuerdo con sus propios puntos de vista", dice el filósofo inglés R. G. Collingwood.

En el arte musical soplan, igualmente, brisas de renovación. El compositor de este siglo ha hollado para ello hasta los senderos más inaccesibles de las rutas ajenas y propias a su arte, pero el compositor contemporáneo los ha recorrido solo, ensanchando cada vez más el abismo que existe entre él y el depositario de su arte, el público. Este no lo ha acompañado en sus incursiones, así como tampoco lo han hecho los responsables de cultivar, enseñar y difundir sus obras en la proporción requerida, a fin de que este distanciamiento no se torne cada día más sideral. Creemos que la enseñanza de la música, la metodología y la investigación musical deben someterse a una revisión sistemática de su curriculum y, lo que es más importante, a una redefinición de sus conceptos fundamentales. El profesor de música ansía poner al día sus métodos de enseñanza, sin embargo, paradójicamente, debe frenar sus inquietudes para seguir trabajando con sistemas y programas en uso desde hace varios lustros. El centenario título de *Conservatorio* de nuestros planteles educacionales refleja el espíritu de este fenómeno.

En el terreno de la musicología, por ejemplo, esta renovación ha sido abordada recientemente en un estudio de los profesores Frank Ll. Harrison, Mantle Hood y Claude V. Palisca, denominado *Musicology* (Prentice-Hall Inc., New Jersey, 1963). En tres extensos ensayos, cuyo objetivo es presentar un análisis crítico del desarrollo de la musicología en los Estados Unidos, sus autores examinan de paso los problemas más fundamentales de esta rama del arte musical, proyectando nuevos conceptos y planteando algunos puntos de vista que pueden servir como base para una visión remozada de lo que en sus comienzos fue definido como "ciencia de la música". Se analiza la función tradicional de la musicología, sus proyecciones sociales y culturales, las áreas de investigación que ésta cubre y las interinfluencias que ejercen tanto la sociedad en la música como ésta, a su vez, en la sociedad. Extraña eso sí, la ausencia casi completa de la música latinoamericana como área propiamente tal de investigación.

Domina en estos ensayos un acento sobre la participación del hombre, del ser humano, como eje central en toda la actividad del arte de la música. Este acento de lo humano en la ciencia, la historia y el arte y, por ende, en la música, se encuentra ante un período evidente de reivindicación, como lo resume una bella frase de Paul H. Lang al comentar editorialmente este libro en *The Musical Quarterly*: "... el esqueleto de la historia de la música está revestido de la carne y nervios del ser humano e insuflado por el espíritu viviente de la poesía". Si el hombre participa en la actividad musical, ésta debe ser considerada en toda

su proyección social, como dice el Dr. Harrison en *Musicology*: "... si la historia de la música es la historia musical del hombre en la sociedad, ella debe incluir al músico y a su auditorio en todos los niveles del orden social". Es papel de la musicología abonar este terreno en toda su extensión, valiéndose para ello de nuevos métodos y orientaciones, utilizando nuevas técnicas y materiales; adaptándolos tanto al nivel internacional que ha alcanzado la musicología en las últimas décadas, como también a las necesidades propias de cada país y, en ciertos casos, especialmente de Latinoamérica, donde la musicología cuenta con idioma, cultura e idiosincrasia comunes.

La musicología, dice Lang, es la interpretación de la música como un todo, tanto en lo que se refiere a su conocimiento como a su práctica y depende del esfuerzo intelectual típicamente humanista. No obstante, la musicología está lejos de ser lo que a veces imagina el intérprete y el público en general, es decir, un frío especular con estadísticas sobre música. "Al musicólogo le atañe la música existente, ya sea la por tradición oral o escrita y *todo aquello que pueda arrojar una luz sobre su contexto humano*", dice Claude Palisca. El Dr. Harrison agrega que "el musicólogo es responsable de todo aspecto de la música como expresión humana y como parte de la historia del hombre".

La función tradicional de la musicología ha sido por sobre todo la de contribuir al desarrollo de la composición y la interpretación, aumentando el caudal de conocimientos que tenemos sobre la música. La importancia de la musicología para la composición, dice el ensayista, "deriva de la naturaleza del arte de 'composición' occidental, el cual es, en gran medida, la manipulación de ideas musicales que tienen en sí mismas una trayectoria histórica". Para el intérprete en nuestra cultura musical, la importancia de la musicología reside aún más en la naturaleza misma de su actividad, "lo que hace de casi toda ejecución un acontecimiento histórico por el poco contacto que éste tiene con la música contemporánea".

Ha habido en la musicología una corriente de simplificación, al tratar de presentar ciertos tópicos en forma inteligible, aun cuando se descuide la profundidad misma de su estudio. Pero, al mismo tiempo, se puede apreciar el fenómeno inverso, es decir, una complicación innecesaria, que va desde la especialización pedantesca hasta un cientifismo mal entendido. La concepción de la musicología como ciencia de la música (*Musikwissenschaft*) es comprendida por muchos como ciencia a secas, en detrimento de la música. El Dr. Palisca tiene mucho que decir al respecto en su ensayo, en el que concluye que "... si la musicología pretende ocupar un puesto entre las disciplinas liberales, debe alcanzar las metas de la erudición* humanística. Estos niveles son tan rigurosos como los de la ciencia, aunque con características propias. Lo que el experimento controlado es para la ciencia, el documento autenticado, el instrumento o la iconografía es a la erudición musical". Con argumentos tan claros como contundentes, revisa el concepto mismo de la musicología, válido desde Guido Adler hasta ahora y elimina ciertas subdisciplinas científicas como ramas integrantes de ella, sin por ello desconocer el valioso servicio que estas mismas le otorgan como complemento indispensable y como extensión del trabajo del musicólogo.

*A falta de un equivalente adecuado de la palabra "scholarship" en castellano, la hemos traducido como erudición.

Para "faire de la musicologie", como dice Jacques Chaillez, el musicólogo necesita no sólo una preparación técnica acabada sino que también estar al tanto de las áreas estrechamente relacionadas con el ramo —incluyendo en éste, como parte inseparable, la etnomusicología— y disciplinas tales como la métrica clásica, liturgia, filología, antropología y sociología, para citar sólo algunas. El Dr. Palisca llega a decir que "la literatura y la poesía, en particular, son preocupaciones constantes de todo musicólogo... así también como éste debe ser también un historiador y un lingüista".

En nuestra vida contemporánea de especialización, el contexto humanista que se puede desprender de lo anterior resulta difícil de conjugar en un solo individuo. Es así como el Dr. Mantle Hood reclama imperiosamente que "se lograrán estudios integrales serios solamente cuando los especialistas que contribuyen a una misma materia entiendan la necesidad absoluta de trabajar en equipos que representen todas las disciplinas comprometidas".

El musicólogo tiene la obligación de comunicar sus estudios como contribución directa a la relación estudioso-músico-sociedad. Los medios de comunicación que posee van desde la interpretación viva, cine, televisión y radio, hasta el disco. "Potencialmente todos estos medios ofrecen adecuada transmisión de música, suplementada con comentarios sobre música". Estos comentarios pueden ser artículos, monografías o libros de divulgación general, frente a los cuales, dice el Dr. Hood que "el especialista debe aceptar la obligación de producir libros al alcance del público como una de sus muchas responsabilidades", evitando así que gran parte de la literatura actualmente en circulación pertenezca al dominio exclusivo del dilettante o de una empresa comercial.



Esta cooperación existe a través de los medios ya señalados en los que el musicólogo debe tener una participación preponderante. Sus resultados han sido positivos, pero deben ser intensificados.

La tuición que la Universidad en Chile ejerce sobre la enseñanza y la difusión de la música, ha promovido en gran medida una corriente de nuevas ideas y métodos, precisamente debido a la importancia que tiene la Universidad en el desarrollo de la vida cultural y artística del país. En Chile se ha iniciado ya un período de renovación de los planes y programas de estudio del Conservatorio Nacional de Música en todas sus manifestaciones: composición, musicología, pedagogía, instrumentos, canto y danza. Se ha pensado, asimismo, en la necesidad de colaboración con disciplinas afines a la música, que permitan ofrecer al estudioso una educación integral, tendiente a prepararle el terreno para la creciente competencia del músico en el panorama internacional y, esencialmente, en el latinoamericano. Es este el comienzo y esperamos que permitirá integrar el movimiento musical del país a través de la preparación de profesores especializados y, a la vez, cooperar cada día mejor al conocimiento del movimiento musical del continente.

SAMUEL CLARO.